

Resumen

El objetivo de este trabajo es abordar algunas cuestiones metodológicas que plantean las historias de la psicología realizadas en los países llamados “periféricos”. En particular, la posición “no central” de estos últimos pone a menudo de relieve el problema fundamental de la recepción de las ideas acuñadas en los centros de mayor producción teórica. Sin embargo, ¿se trata de una mera copia, de una asimilación pasiva de “influencias” remotas? Para responder a este interrogante, haremos un breve repaso de la noción de *recepción*, tal como fue concebida por la teoría de la comunicación literaria de Hans Robert Jauss (inscrita en la tradición hermenéutica alemana), y tal como ha sido utilizada en los últimos años en la historiografía de la psicología argentina. Finalmente, a través de un ejemplo, trataremos de mostrar el provecho que implica adoptar la categoría de recepción, articulándola a otros conceptos propios de enfoques histórico-críticos, como los de *interés intelectual*, *problemática* y *campo*.

Abstract

The goal of this work is to focus on some methodological issues aroused by the histories of psychology elaborated in the so called “peripheral countries”. Particularly, the “non central” position of the latter often underlines the fundamental problem of the *reception* of the ideas created in centers of higher theoretical production. Nevertheless, is it only the case of a mere copy, of a passive assimilation of “remote influences”? To answer this question, we will make a brief review of the notion of *reception*, such as it was conceived by the theory of literary communication of Hans Robert Jauss (inserted in the German hermeneutical tradition), and as it has been used during the last years in the historiography of Argentine psychology. Finally, by the means of an example, we will try to show the profit of adopting the category of reception, combining it with other concepts proper of critical historical approaches, such as those of *intellectual interest*, *problematic* and *field*.

Introducción

La estética de la recepción, conocida también como escuela de Constanza, se ha ido transformando, a partir de 1966, en una teoría de la comunicación literaria. El objeto de sus investigaciones es la historia literaria definida como un proceso que implica siempre tres factores: el autor, la obra y el público. Es decir, un proceso dialéctico, en el cual el movimiento entre producción y recepción pasa por la intermediación de la comunicación literaria. De este modo, la noción de recepción es entendida en el doble sentido de acogida (o apropiación) e intercambio. Por lo demás, la noción de estética no se refiere ya a una ciencia de lo Bello, ni a las viejas preguntas sobre la esencia del arte, sino a un problema descuidado durante mucho tiempo: ¿cómo aprender algo acerca del arte a través de la expresión artística misma, a través de la consideración histórica de la práctica estética que, con las actividades de producción, recepción y comunicación, está en la base de todas las manifestaciones del arte?

* Publicado en 2004 en *Frenia, Revista de Historia de la Psiquiatría*, 5 (1), 1-12. España, ISSN: 1577-7200. Este artículo es una versión ampliada de un trabajo presentado en el *Primer Congreso hispano-portugués de Psicología*, en Santiago de Compostela, España, en septiembre de 2000, con el título “Algunos problemas metodológicos de las historias ‘periféricas’”.

Así comenzaba la ponencia que Hans Robert Jauss presentó en 1979 en el Noveno Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada. Jauss, uno de los teóricos más importantes de esa escuela, retomaba entonces los argumentos de la tradición hermenéutica en general y de la filosofía de Hans-Georg Gadamer en particular. En 1981, la revista *Punto de Vista* presentaba en la Argentina una traducción de ese trabajo, aclarando que, debido “a inapelables decisiones editoriales o al éxito de las modas literarias”, la estética de la recepción no había gozado en castellano de una difusión equivalente a la que décadas antes había tenido la estilística, o a la que en ese momento tenían la crítica estructuralista y post-estructuralista francesas¹. Sin embargo, cabe preguntarse, ¿cuál es la pertinencia de todo este debate, en apariencia interno al campo de las letras, para una historia de las ideas psicológicas?

Para aventurar una respuesta, puede agregarse que, en 1994, Hugo Vezzetti presentaba un panorama de la historia de la psicología en la Argentina en los siguientes términos:

Ahora bien ¿qué es lo “argentino” en esta historia? Los autores y los modelos de conocimiento son europeos en general y franceses en particular. Frente a esto se suele acentuar la “dependencia” y la idea de la mera copia. El problema es más amplio que el de una historia de la psicología y tiene que ver con la cuestión de la conformación de un pensamiento y una cultura nacionales. Aquí interesa resaltar la categoría de recepción: una apropiación activa que transforma lo que recibe².

Dos años después, también Hugo Vezzetti presentaría una historia del freudismo en la Argentina haciendo estas salvedades:

Un punto de articulación es la insistencia en la dimensión de la recepción, una apropiación [...] que no es meramente reproductiva sino que reconstituye su objeto según la problemática que subtiende las operaciones de lectura. Las lecturas colocan al texto en el marco de una tradición, lo incluyen en un ámbito de experiencia o se sirven de él para impulsar un nuevo horizonte de problemas, para trastocar alguna región del sentido común o para establecer nuevas formas de relación con el público³.

Vale decir que, de manera un poco tautológica, ya hemos esbozado una respuesta a la pregunta planteada más arriba: el debate de la categoría de recepción es pertinente para una historia de las ideas psicológicas porque, de hecho, ya ha sido utilizada en la historiografía reciente de la disciplina. Ahora bien, más allá de las declaraciones de principios, sigue en pie la cuestión de determinar cuál ha sido el verdadero provecho de transpoliar este concepto de la teoría de la comunicación literaria a la historia de la psicología. En tal sentido, comenzaremos por reseñar algunas de las precisiones que Hans Robert Jauss aportaba sobre la estética de la recepción a lo largo de los años ‘70.

La “estética de la recepción” y la historia de la literatura

El mismo Jauss apuntaba que, traducido al inglés y al francés, el término *Rezeptionsästetik* había dado lugar a la utilización de términos poco apropiados (*reception aesthetics* y *esthétique de la réception*, respectivamente). Afortunadamente, en castellano no sucede lo mismo, ya que el vocablo *recepción* es particularmente propicio para expresar el doble sentido, activo y pasivo, de su homólogo alemán. La recepción importa entonces “un acto de doble faz que incluye el efecto producido por la obra de arte y el modo en que su público la recibe”⁴. Por esta vía, la estética de la recepción restituye todo su valor a la función

¹ JAUSS, H. R. (1981). [1979] Estética de la recepción y comunicación literaria. *Punto de Vista*, 12, 34-40 (traducción de Beatriz Sarlo).

² VEZZETTI, H. (1994). Presentación. En Vezzetti, Klappenbach y Ríos, *La psicología en la Argentina* (pp. 1-13). Buenos Aires: Centro de Estudiantes de Psicología, p. 5.

³ VEZZETTI, H. (1996). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*. Buenos Aires: Paidós, p. 9.

⁴ JAUSS, H. R. (1981). [1979], p. 34.

activa del lector, considerando que, a lo largo de la historia de la literatura, han sido los lectores quienes de manera sucesiva han “concretizado” el sentido de las obras, por no decir que lo han fijado, o incluso establecido. Por ello, podría hasta decirse que la historia de la literatura no es más que la historia de las interpretaciones de los textos, a condición de entender por interpretación un “intercambio de experiencias”, un “diálogo de preguntas y respuestas”, de acuerdo con este doble aspecto de la recepción que ya hemos señalado. Sin embargo, esto que hoy aparece como evidente a la luz de los desarrollos teóricos de las últimas décadas, no lo era en absoluto hace treinta años. Hasta ese momento, la teoría literaria marxista, tratando de dar cuenta de la materialidad del hecho literario, reducía la experiencia estética a una mera superestructura derivada de las relaciones de producción, toda vez que el arte no podía ser concebido sino como un reflejo de lo real. La teoría formalista, por el contrario, tratando de rescatar el carácter autónomo de la literatura hacía abstracción de las condiciones históricas de la experiencia estética. Si bien proponía una historia de la literatura basada en la evolución de sistemas sincrónicos, no llegaba a situarla en el seno de una historia social más general. En ese marco, el rescate de la función activa del lector toma un relieve singular, ya que permite “el pleno reconocimiento del hecho obstinadamente rechazado de que la función de la obra de arte no es sólo la de *representar* lo real, sino también la de *crearlo*”⁵.

Es innegable que la literatura tiene muchas veces una función anticipatoria, ya que actúa como incitación estética, planteando preguntas que prefiguran la posibilidad de nuevas experiencias de la realidad, a las que otras obras pueden dar respuesta⁶. Es en ese sentido que la literatura puede “crear” nuevas realidades, empezando por generar sus condiciones de posibilidad, ampliando los horizontes de la experiencia, formando la sensibilidad estética y renovando la percepción. Y aquí podríamos trazar un paralelo entre las tríadas “obra-autor-público” y “mensaje-emisor-receptor”, de la teoría de la comunicación. La recepción de una obra por parte del público, al igual que la recepción de un mensaje, da lugar a una respuesta, aunque más no sea el silencio o la indiferencia. A su vez, la respuesta ante una obra bien puede ser el simple placer estético, la toma de distancia crítica o incluso un acto de creación, es decir, la producción de otra obra, de tal manera que el receptor se transforma también en productor, teniendo la posibilidad de romper con las normas establecidas y de forjar nuevos cánones estéticos.

En consecuencia, el lector tiene una función de selección respecto de la tradición con la que se confronta: puede apropiarse del pasado (incluyendo las interpretaciones realizadas por otros lectores) o puede rechazarlo y tratar de superarlo. En cualquiera de los dos casos, la interpretación que realice será forzosamente parcial, ya que estará limitada por su propio punto de vista, por su propia perspectiva, como veremos a continuación. En suma, es en esta concepción dialéctica (en el sentido de diálogo, de preguntas y respuestas, de problemas y soluciones), en esta interacción entre producción y recepción, en este “intercambio continuo entre autores, obras y públicos”, donde reside la originalidad de la estética de la recepción⁷.

El recurso a la interpretación ubica a esta teoría en el plano de las ciencias del sentido, haciendo “profesión de fe hermenéutica”. Ahora bien, la concretización del sentido de una obra, la interpretación de un texto, en suma, la conjunción entre el *efecto* propio de una obra y su *recepción* activa por parte del lector no se realiza en el vacío, sino que responde a todo un “sistema de referencias objetivamente formulable” que modula la disposición del lector frente a dicha obra⁸. Jauss, basándose en la noción husserliana de “horizonte de lo vivido”, llama a este sistema de referencias *horizonte de expectativas*, y lo considera como el fruto de una experiencia intersubjetiva. Este concepto de horizonte, precisamente, es central para la estética de la recepción, e implica una doble bipartición en los planos diacrónico y sincrónico.

⁵ JAUSS, H. R. (1978) *Pour une esthétique de la réception*. París. Gallimard, p 36.

⁶ [6] JAUSS, H. R. (1978), p 83.

⁷ JAUSS, H. R. (1978), p 35.

⁸ JAUSS, H. R. (1978), pp. 54-57.

Por un lado, permite una continua puesta en relación del presente y el pasado, ya que se aplica tanto al lector (en el momento que interpreta un texto) como al autor (en el momento en que lo escribe), lo cual abre a una continua tensión entre el texto del pasado y el horizonte del presente. Por otra parte, diferencia un horizonte de expectativas de tipo social, más general (sostenido por una precomprensión de la realidad cotidiana, del mundo y de la vida) y un horizonte más propiamente literario, regido por los códigos estéticos de la literatura de la época, por las normas específicas del género y por las formas canónicas de relacionar ficción y realidad. De este modo, en el proceso de recepción, el sentido de una obra surge de una doble *fusión de horizontes*, que continuamente pone en relación dialéctica al presente con el pasado y a la literatura con la sociedad. Y es en este punto que la estética de la recepción aporta algo nuevo respecto de las teorías literarias más tradicionales, resituando la interpretación en una dimensión histórica y social, sin por ello despojar al hecho literario de su especificidad estética.

Por otra parte, la repercusión de la estética de la recepción -y la de su parienta cercana, la teoría de la comunicación literaria de la Escuela de Berlín Oriental- se debió en cierta medida a la coincidencia de su aparición con el comienzo de la declinación del paradigma estructuralista, hasta entonces dominante en las ciencias del hombre. Para el estructuralismo, la noción de estructura no era en absoluto dependiente de la dimensión social, y sus efectos de sentido, a partir de sistemas de signos cerrados y sin sujeto, carecían de nexos con su situación de producción y recepción. Dicho esto, como contraste, es conveniente destacar que la estética de la recepción comparte ciertos rasgos de las teorías postestructurales desarrolladas por la crítica literaria francesa posterior a 1968, tales como la noción de “obra abierta”, la reintroducción del sujeto y la revalorización de la función de transformación social del texto literario. Sin embargo, las teorías francesas, de manera reflexiva, hacen surgir el sentido del texto mismo, mientras que las alemanas explican su constitución continua a través de la interacción, es decir, a través de las actividades de producción y recepción literarias. Se pasaría así de la experiencia subjetiva del autor a una relación intersubjetiva (“la relación dialógica entre el texto, sus “receptores” y los “receptores” entre sí”)⁹.

La “estética de la recepción” y la especificidad de las ideas psicológicas.

Si se quisiera aplicar las categorías de la “estética de la recepción” a una historia de las ideas psicológicas debería comenzarse por asumir que se trata de una transpolación de dominios, ya que entre los textos pertenecientes al campo literario y aquellos que provienen del campo de la psicología existen toda una serie de diferencias. En primer lugar, es necesario reconocer que en los textos literarios prima una voluntad de transmisión eminentemente estética, mientras que en los textos psicológicos lo que suele querer comunicarse son los principios de una teoría o las particularidades de una práctica. Sin embargo, aun cuando la dimensión estética no quede en primer plano, no puede negarse que, incluso en los textos de tipo teórico, ella juega un papel insoslayable. Aunque el simple placer estético no sea su objetivo principal, la producción y recepción de este tipo de textos también están condicionadas por los cánones literarios de cada época, que determinan en el lector una cierta afinidad o un rechazo que no pueden explicarse solamente por razones inherentes a los “contenidos teóricos”. Es que en el estilo de enunciación de las ideas, en su articulación, en su forma misma, ya hay en juego algo del orden de lo estético que, independientemente del “contenido propiamente dicho”, favorece o no la aceptación de determinados enunciados. En términos piagetianos, no se puede asimilar algo que no tenga ningún tipo de relación con los esquemas ya adquiridos. Tal aprehensión, en la práctica, sería imposible, toda vez que la incorporación de lo nuevo sólo es factible en el marco de lo viejo, a través de las categorías de lo ya conocido. Pero, al mismo tiempo, más allá de los aspectos cognitivos que implica esta cuestión, el objeto de conocimiento plantea

⁹ JAUSS, H. R. (1978), p 37.

también un carácter afectivo, que lo vincula a una carencia, a una espera, a una cierta tensión a la cual viene a dar una respuesta satisfactoria y novedosa.

Por diversas razones, en cada momento histórico, en cada lugar, el “gusto” del público está más preparado para recibir algunos conceptos, para adoptar ciertas teorías. Y es evidente que la constitución de ese gusto, la formación de esa sensibilidad, es el resultado de una experiencia estética intersubjetiva, que entre otros factores responde a la literatura, tanto psicológica como no psicológica. Por este sesgo, en el que el horizonte de expectativas articula aspectos estéticos y cognitivos que trascienden al campo literario, puede resultar provechosa la utilización de la categoría de *interés intelectual*, extraída de la sociología histórica del conocimiento. Este concepto, que debemos a Kurt Danziger, busca dar cuenta de la estructura intencional transindividual que caracteriza a una disciplina, toda vez que son sus objetivos, sus propósitos, sus intereses, en definitiva, los que determinan su lugar respecto de otras disciplinas¹⁰. Pero, al mismo tiempo, esos intereses permiten establecer las normas de evaluación de la producción de los miembros de esa disciplina. Es decir, los intereses intelectuales permiten una doble legitimación: por un lado, en virtud de ellos, una disciplina puede obtener el reconocimiento y la legitimación de otras comunidades disciplinares u otros actores sociales (como el Estado, por ejemplo).

Por otra parte, los intereses intelectuales delimitan el dominio dentro del cual trabajan los integrantes de una comunidad disciplinar, estableciendo las metodologías a emplear y los resultados que serán considerados como válidos. En este sentido, la categoría de interés intelectual sirve para articular factores intra y extradisciplinares en la producción y recepción del conocimiento, superando clásicas antinomias como la que oponen un contexto social (que actúa como factor “externo”) a una producción intelectual que sería específicamente “interna”. Resulta evidente que cuando un autor escribe una obra de psicología, por caso, lo hace en razón de intereses intelectuales que son a la vez sociales e idiosincráticos, además de ser compartidos con su comunidad de pares. Parafraseando a Jauss, podría decirse que todo autor es en primer lugar un lector, que como tal está atravesado por la fusión de un horizonte de expectativas disciplinar y otro horizonte de expectativas más general, propiamente social.

Otra categoría de utilidad para la historia de la psicología, que va en el mismo sentido que las de horizonte de expectativas e interés intelectual, es la de *campo*, del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Ella busca dar cuenta de la autonomía relativa de una comunidad (científica o intelectual, por ejemplo), respecto de otros grupos y de influencias sociales más generales. El campo se define como un espacio complejo, con propiedades y reglas específicas que constituyen un “sistema de relaciones objetivas entre posiciones adquiridas”, donde las ideas, los textos y las prácticas tienen un valor relativo al carácter posicional de los actores, ya sean estos individuos, grupos o escuelas¹¹. A su vez, dentro del campo, el acceso a posiciones de autoridad está supeditado a la acumulación de un capital simbólico específico, lo cual implica necesariamente una dinámica de competencia y de lucha por la legitimidad. A diferencia del interaccionismo simbólico, el concepto de campo pone de relieve el carácter conflictivo de la legitimidad y el reconocimiento, que solo pueden provenir de los pares que integran el propio campo, quienes a su vez compiten por la acumulación de un capital simbólico limitado. Esta categoría, aplicada a la historia de la psicología, permite pensar el carácter específico de las ideas y las prácticas de la disciplina, sin por ello perder de vista la dimensión social, cuya eficacia, sin embargo, resulta mediatizada por la lógica de las relaciones del propio campo. A su vez, como ya lo señalara Vezzetti, el concepto de campo abre un camino para abordar las complejidades de la psicología, evitando al mismo tiempo los

¹⁰ DANZIGER, K. (1979) The Social Origins of Modern Psychology. En A. R. Buss (ed.), *Psychology in Social Context*, (pp. 25-44) New York, Irvington Publishers. Hay traducción castellana de Hugo Klappenbach, Los orígenes sociales de la psicología moderna. Buenos Aires: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la UBA (ficha de la cátedra I de Historia de la Psicología).

¹¹ BOURDIEU, P. (1976) Le champ scientifique. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (1/2), 1976. Hay traducción castellana de Alfonso Buch (1994) El campo científico. *Redes*, 2 (1), 131-160.

riesgos de la falsa unicidad y del anarquismo disciplinares a través de la concepción de “subcampos” que ocupan regiones particulares con propiedades específicas¹².

Por último, antes de pasar a los ejemplos, querría destacar otra noción de Kurt Danziger (1984) que se complementa con las que ya hemos visto. Me refiero al concepto de *problemática*, entendido como un proceso generador que, como fruto de la interacción social, plantea problemas comunes a un grupo determinado. Y aquí cabe hacer una distinción entre problema y problemática. Los problemas puntuales remiten más bien a una dimensión individual y consciente, en la que los actores se representan aquello que aparece ante ellos como un obstáculo o una dificultad. La problemática alude en cambio a una estructura colectiva, patrimonio de un grupo, que es en gran parte inconsciente, y que constituye el marco dentro del cual los problemas puntuales se hacen posibles. “Una problemática define los esquemas, las imágenes, las metáforas en términos de las cuales se formulan los problemas específicos, y por lo tanto limita la gama de preguntas posibles dentro de su ámbito”¹³. Si consideramos con Danziger que las actividades que generan conocimiento tienen lugar en un contexto de resolución de problemas, de allí se sigue que los objetos psicológicos no son el resultado de la invención de sujetos individuales, sino que, forzosamente, responden a actividades constructivas realizadas por grupos que comparten una misma problemática. Por ello, los verdaderos sujetos históricos no serán entonces los actores individuales, sino los sujetos colectivos que acabamos de mencionar.

En resumen, los distintos conceptos que hemos examinado, a saber, el de horizonte de expectativas, el de interés intelectual, el de campo y el de problemática, a nuestro juicio comparten algunas características comunes que los hacen provechosos para una historia de la psicología que se pretenda crítica, a saber:

- Rompen con las viejas antinomias entre lo social y lo disciplinar, lo externo y lo interno.
- Comprenden los problemas históricos en un marco transindividual e intersubjetivo.
- Aspiran a una cierta objetividad, aunque no de manera ingenua.

Por otra parte, estos conceptos, además de ser articulables entre sí, resultan compatibles con una concepción de la comunicación del conocimiento que considera los procesos de producción y recepción de manera dialéctica, pudiendo dar cuenta así de la especificidad de la elaboración del conocimiento psicológico en países situados en la periferia, como es el caso de la Argentina.

A modo de ejemplo, podríamos tratar de aplicar este modelo de manera un tanto esquemática. Para ello, trataremos de poner en relación la obra de dos autores argentinos de los años 1960. Me refiero a Luis María Ravagnan y a José Bleger. A primera vista, resulta innegable que ambos fueron contemporáneos, considerando que en la misma época fueron profesores de las carreras de psicología recién creadas (en 1959 dictaron incluso la misma asignatura, Introducción a la Psicología, en La Plata y Buenos Aires, respectivamente), que publicaron diversos libros y artículos durante los años ‘50 y ‘60, y que incluso privilegiaron muchas veces las referencias a los mismos autores franceses, como Maurice Merleau-Ponty y Daniel Lagache. Sin embargo, a poco que profundicemos el análisis, se hace evidente que allí se terminan las similitudes entre ambos, ya que si tenemos en cuenta cuáles eran las problemáticas a las que querían dar respuesta y cuáles eran sus intereses intelectuales rápidamente observamos que en realidad pertenecían a dos “épocas” radicalmente distintas. En consecuencia, sus horizontes de expectativas eran totalmente disímiles y buscaban legitimarse en subcampos diferentes.

Ravagnan era uno de los miembros más antiguos del grupo de profesores que intervino en la creación de las carreras de psicología. Llegaba a esta disciplina a partir de preocupaciones eminentemente teóricas derivadas de su formación filosófica, en un recorrido

¹² VEZZETTI, H. (1992) El campo de la psicología a través de su historia. Buenos Aires: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la UBA (ficha de la cátedra I de Historia de la Psicología).

¹³ DANZIGER, K. (1984) Towards a conceptual framework for a critical history of psychology. En *Revista de Historia de la Psicología*, 5 (1/2), 99-107, p.5.

que había comenzado en Bergson para pasar por la caracterología y desembocar en la fenomenología existencial, pero siempre con una marcada inspiración neokantiana, como buena parte de su generación. A su vez, publicaba con cierta frecuencia en órganos emblemáticos de la cultura letrada y liberal, como el suplemento dominical del diario *La Nación* y en la revista *Sur*, o incluso daba conferencias en el Instituto Francés de Estudios Superiores o en la Escuela Superior de Guerra. Bleger, por el contrario, era un joven médico que llegaba a la psicología desde su formación psiquiátrica y su pasión por el psicoanálisis. Miembro a la vez de la Asociación Psicoanalítica Argentina y del Partido Comunista, había ganado notoriedad a través de un libro polémico en el que trataba de conciliar psicoanálisis y marxismo. Para ello, se había inspirado en sus camaradas franceses –con quienes tenía un contacto fluido– que siendo también psiquiatras rescataban la psicología concreta de Georges Politzer. Ya en esa época, consideraba que la psicología era básicamente un oficio que se definía por su propia práctica.

Si Ravagnan citaba a Merleau-Ponty y a Lagache, despojaba a la obra del primero de su dialéctica y a la del segundo de su vocación clínica y profesionalista, para poner al humanismo existencialista en continuidad con el “espiritualismo” bergsoniano. Si Bleger citaba a Merleau-Ponty y a Lagache, los situaba al lado de Politzer y de Pichon-Rivière para fundar una psicología de la conducta compatible con el materialismo dialéctico y una psicohigiene que definía a la salud mental como un problema social. En definitiva, aunque hayan coincidido parcialmente en tiempo y lugar, mientras que Ravagnan era uno de los últimos exponentes del pensamiento de los años '40, Bleger era uno de los primeros en hacerse cargo de los problemas que caracterizarían a los años '60.

En una historia de la psicología hecha desde la periferia, en la que aparentemente no hay más que copia o, en todo caso, un collage ecléctico de ideas ya concebidas, el interés reside justamente en mostrar cómo, detrás de esas supuestas copias o detrás de esas yuxtaposiciones carentes de valor se esconde todo un horizonte de expectativas radicalmente distinto del de la obra de origen, enlazado a una problemática sociohistórica compleja y singular. Y es justamente este horizonte de expectativas que es importante reconstruir, esas problemáticas a las que dan respuesta los objetos teóricos que es necesario desmenuzar para restituir al proceso de recepción su carácter activo. A partir de allí podrán entenderse operaciones de lectura que, en otro tiempo o en otro lugar habrían resultado descabelladas, omisiones imperdonables o sincretismos que habrían parecido ridículos.

Para concluir, podríamos agregar que una historia pensada solamente con las categorías del centro y del presente no puede sino encontrar que los hechos históricos de la periferia están fuera de lugar o fuera de época, y en consecuencia se contentará con explicarlos en virtud de un inefable “espíritu” de los tiempos, de un “retraso” previsible o de un “clima de ideas” particular de ese lugar determinado. Sin embargo, este desfasaje sólo podrá ser salvado en la medida en que la historia pueda descentrarse respecto del presente y de la perspectiva de las metrópolis para dar cuenta del carácter diferencial del tiempo y del lugar históricos, basándose en categorías que, sin dejar de ser críticas, aspiren a una cierta “objetividad”.